

SAAVEDRA, ÁNGEL DE. DUQUE DE RIVAS (1791-1865)

TRES DISCURSOS

DISCURSO DE RECEPCIÓN

Leído en la Real Academia de la Historia el día 24 de abril de 1853

SEÑORES:

Es tan agradable la emoción que agita mi alma al encontrarme en este lugar, en medio de un auditorio tan respetable, y en el momento de conseguir, sin yo merecerlo, entrada en la ilustre Academia de la Historia, que dudo si mis labios podrán expresar con la palabra las ideas que se agolpan en mi mente, los afectos que arden en mi corazón. Pues si es alta la honra que me ha dispensado esta Corporación insigne dignándose de abrirme sus puertas y de concederme asiento entre sus claros varones, ha llevado aún más allá el exceso de sus bondades, señalando este día solemne en los fastos de la Academia para recibirme en su seno y para que mi débil voz resuene por primera vez en el Santuario de la Historia.

Porque hoy es, señores, el día señalado para coronar el acierto de los escritores que han sobresalido en el examen de los dos puntos históricos interesantísimos que propuso esta Real Academia a las investigaciones de los que cultivan estos estudios con asiduidad y aprovechamiento, y el primero en que, en virtud del ensanche que los nuevos estatutos le conceden, manifiesta pública y solemnemente el estímulo y el empuje que da a la ciencia, premiando del modo más lisonjero y más honroso a los que en su cultivo sobresalen.

¡Digno empleo, ciertamente, de esta sabia e ilustre Corporación, el de estimular y recompensar el estudio de la Historia! De la Historia, que nos conserva vivas las edades pasadas; que da lecciones severas y graves a la presente, y que lega avisos importantísimos a las venideras. De la Historia, de esa ciencia sublime en que se sigue paso a paso el progreso de la Humanidad y el desarrollo de sus facultades intelectuales. De la Historia, en que se ve y se estudia el curso, lento, sí, pero seguro, con que, atravesando los obstáculos de sus propias pasiones y de las vicisitudes de los tiempos, ha llegado el hombre, desde el grito inarticulado, desde la rústica cabaña primitiva y desde el rudo ejercicio de la caza, para arrastrar una miserable existencia, hasta crear los idiomas; hasta fijar con sabias leyes sus deberes y sus derechos; hasta dar vida al pensamiento y cuerpo a la palabra; hasta levantar el coliseo y la cúpula de San Pedro y el monasterio de El Escorial; hasta medir y pesar los astros y predecir sus movimientos; hasta humillar los borrascosos mares, sin más impulso que el del vapor; hasta hablar instantáneamente de un extremo al otro del globo por medio de la electricidad; hasta la civilización moderna, en fin, con la que ha llegado a ser el hombre verdadero dueño y dominador del Universo.

No, no hay estudio más interesante, más alto, más sublime que el de la Historia, porque el estudio de la Historia es el estudio de la Humanidad y, al mismo tiempo, el estudio de la

Providencia. Si bien se mira y se contempla en las páginas de la Historia cuanto el hombre puede y alcanza, más que por su organización física, la más perfecta de todos los seres, por la fuerza oculta del soplo de vida, del alma inmaterial e imperecedera que le infundió el Omnipotente, y se estudia y se comprende la lucha eterna en que su frágil barro y su alma inmortal están con sus pasiones brutales y con los extravíos de su inteligencia, también en las páginas de la Historia se contempla, se estudia, se comprende cómo la mano invisible de la Providencia encamina al género humano, en sus distintas razas y en todas las regiones del globo, por la misma senda, y dejándolo caminar por ella libremente, y según los impulsos del libre albedrío, lo empuja, benéfica, o lo detiene, justiciera, según marcha hacia el fin o retrocede del fin a que lo tiene destinado, para sus miras santas e inescrutables.

Si del estudio de la Historia general pasamos a la de la particular de cada raza y de cada país, aumenta en interés y en utilidad, y este interés y esta utilidad suben a su más alto punto cuando se trata de la historia de la propia nación. El interés, porque los hechos que se refieren y admiran o vituperan son los de nuestros mayores; y la utilidad, porque las lecciones del tiempo pasado son más aplicables al tiempo presente. Pues la vida de los distintos pueblos es como una cadena, cuyos eslabones van enlazados los unos en los otros desde el primero hasta el último; y en la vida de las naciones hay una lógica inflexible, porque todos los sucesos son siempre consecuencia indeclinable de los que les han precedido.

El estudio, pues, de la historia patria es el más útil, el más interesante, el de mayor importancia; y al estudio, a la rectificación y al engrandecimiento de la historia patria dedica especialmente sus trabajos, sus investigaciones y sus afanes la Real Academia a quien tengo la honra de dirigir la palabra. Y me es forzoso decir, aunque ofenda su modestia, que, cumpliendo tu honroso empeño, ha prestado y está prestando los más útiles y brillantes servicios a la ciencia y a la nación.

La Academia ha sacado del oscuro polvo de los archivos a la luz pública los documentos más preciosos, que refieren y atestiguan hechos gloriosísimos de nuestros mayores, y que patentizan los progresos de la civilización en nuestro suelo y los pasos que ha ido dando desde los más remotos siglos. La Academia ha evocado de la tumba del olvido esclarecidos nombres y notables hechos, sin cuya noticia era imposible dar el verdadero valor a posteriores hazañas, ni comprender y explicar posteriores acontecimientos. Y no sólo ha hecho un gran servicio a la ciencia con la publicación de interesantes documentos casi desconocidos y que dan gran luz a la historia de nuestro país, sino también restableciendo el texto íntegro y correcto de antiguas crónicas y aclarando completamente la verdad de los hechos, que andaban desfigurados por la tradición o en las obras de ligeros, apasionados y extraños escritores. Y no es menor servicio el que ha prestado esta ilustre Academia salvando de su total ruina o desaparición documentos del mayor interés, que estaban diseminados en manos ignorantes que no conocían su valor, o que en las mismas antiguas bibliotecas hubieran emigrado o perecido en los modernos trastornos y en tiempos fatales, en que se miraban estas preciosas joyas, ora con extremada codicia, ora con extremada indiferencia.

Y no sólo los documentos escritos han sido objeto de las investigaciones científicas de este ilustre Cuerpo y el fundamento de sus trabajos. No; con igual afán y no menor

acierto, me complazco en decirlo, se ha desvelado por investigar, por estudiar, por adquirir otros aún más importantes, aún más auténticos, aún más elocuentes que los escritos. Los que lo están con caracteres de piedra y de metal en los antiguos monumentos injuriados por los siglos, en las murallas derruidas y castillos desmantelados, que pregonan una lucha encarnizada de ocho siglos entre dos razas, entre dos religiones distintas; en las basílicas, testimonio de la piedad de nuestros héroes; en los quebrantados sepulcros, en las rotas lápidas, en las casi borradas inscripciones y en los incompletos utensilios de hierro, y en las armas enmohecidas, y en las medallas y en las corroídas monedas que se encuentran sepultadas en la tierra y sobre las que en vano se estampó la huella asoladora de los siglos. Documentos todos de altísima importancia, porque son irrefragables y aseguran la existencia y la autenticidad de grandes nombres, de grandes hechos; porque atestiguan de un modo positivo el estado de las creencias, de la civilización, de las artes en el tiempo en que se construyeron; y porque sus fechas y las épocas que por su forma, por su esencia, por su uso, por su carácter particular designan de una manera positiva e incontestable, dan seguros datos a la cronología, sin la que nada vale, nada dice, nada enseña la Historia.

Pero no eran bastantes para satisfacer el celo ardiente de esta sabia Corporación los servicios que acabo de recordar a tan respetable auditorio, y que ha prestado sin desmayar ni un punto en sus sabias tareas desde que debió su fundación a la munificencia del señor rey don Felipe V, de feliz memoria. Pues animada hoy con la altísima protección que le dispensa, bondadosa, la augusta descendiente de aquel monarca, la ínclita Isabel II, que para bien de las Españas ocupa, felizmente, el trono de San Fernando, ha querido llevar aún más allá sus esfuerzos y promover y estimular a los escritores españoles a que trabajen para ilustrar la historia patria, ofreciéndoles los honrosos premios que hoy van a adjudicarse, y proponiendo los asuntos que le parecieron más convenientes para que se ejercitasen los entendimientos y las plumas de los que quisieran disputar la corona en tan honrosa y lucida palestra.

¿Y qué asunto más grande, más filosófico, más trascendental que el «Examen histórico-crítico del influjo que haya tenido en la población, industria y comercio de España, su dominación en América»? Este fue uno de los asuntos propuestos por la Academia. Y fue el otro la «Historia del combate naval de Lepanto y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso». ¿Quién podrá desconocer, señores, el acierto de la elección y el ancho campo que ofrecen tan oportunos argumentos al estudio, a la reflexión y a la crítica?

Cuando España, después de la reunión de los dos grandes reinos en que estaba dividida, formó un verdadero cuerpo de nación; y cuando acababa de lanzar de su suelo los últimos restos de las razas de Oriente, que por espacio de ocho siglos fueron sus opresoras; y cuando se constituían en una sola y grande monarquía, cuyo dominio no se encerraba sólo en el ámbito de la Península, sino que se extendía por la rica y esclarecida Italia, llamó a sus puertas un hombre oscuro, un soñador extranjero, un pobre piloto genovés, a quien Dios había marcado con el sello de su omnipotencia, dándole una fe ardiente, una perseverancia heroica y una idea sola y fija, tan nueva como lo desconocido, tan elevada como los astros, tan grande como el Universo. Los monarcas y los poderosos de la Tierra le habían negado su acceso, como a un absurdo arbitrista; los sabios de la Tierra le habían

desdeñado, como a un iluso extravagante; los pueblos de la Tierra le habían escarnecido, como a un desdichado demente. Pero la grande Isabel, gloria de su siglo y predilecta del Señor, vio a aquel hombre y lo oyó, y conoció que era un instrumento de la Providencia, instrumento para llevar a cima un altísimo designio. Y comprendió al ente extraordinario y lo admiró y le ayudó a la obra desconocida con su convencimiento, con sus tesoros, con firme y soberana voluntad. Y España, que ya tenía un cardenal Mendoza, un Cisneros y un Gran Capitán, tuvo como donativo de su reina un Cristóbal Colón, y con él un nuevo y desconocido mundo.

Sí; conducido por la mano de Dios aquel instrumento de su omnipotencia, atravesó en frágiles naves españolas desconocidos mares, siguiendo el curso del sol, y descubrió las inmensas y ricas regiones de Occidente, que el heroísmo y la noble espada de Hernán Cortés y el arrojo y la dura lanza de Francisco Pizarro añadieron, con eterna gloria del nombre español y exaltación de la religión cristiana, a la monarquía española, haciéndola la más grande, la más opulenta, la más poderosa de la Tierra.

Este acontecimiento, de tanta influencia en el mundo, ¿cómo no había de tenerla en la nación que lo había llevado a cabo? Aquellas regiones inmensas, despobladas, vírgenes, las más feraces del globo, ¿cómo no habían de llamar a su seno a sus señores de Europa, del país trabajado y empobrecido con tantas y tan pertinaces guerras, y poco después despedazado con tantas disensiones y ensangrentadas controversias? Aquellas montañas, preñadas de preciosos metales, ¿cómo no habían de despertar la codicia de sus nuevos poseedores? Aquellos extensos páramos y aquellos enmarañados bosques, ¿cómo no habían de necesitar de los esfuerzos de la industria para ser fructíferos y debidamente beneficiados? La necesidad de estar en continuo contacto con aquellas remotas playas, ¿cómo no había de influir en la navegación? Y los ricos productos de aquellos climas, y las necesidades de sus nuevos señores, ¿cómo no habían de dar un nuevo impulso al cambio, un nuevo ensanche al comercio? Y ¿qué influencia no debieron ejercer en las costumbres y en el carácter de nuestros padres el orgullo de tan prodigiosas conquistas, las inesperadas riquezas que se derramaron por la Península, las nuevas necesidades, que el uso de las producciones peculiares de América introdujeron, y por el ancho campo que aquellos vastos y remotos países ofrecían a peregrinas aventuras, al rápido engrandecimiento, al hallazgo de tesoros incalculables y hasta al refugio e, impunidad de los díscolos y malhechores?

Si la influencia de aquel portentoso, descubrimiento y de la conquista y posesión de aquellas vastísimas regiones fue perjudicial o provechosa para España, es cuestión muy debatida por filósofos y economistas, y en que se han exagerado, como siempre acontece, las razones de unos y de otros, ya con graves y fundados argumentos, ya con sutiles y brillantes sofismas. No es de mi propósito entrar en ella; pero diré de paso que, ciertamente, el descubrimiento de aquellos vastos países, y las riquezas que ofrecían, ocasionaron una emigración de que pudo resentirse nuestro suelo; que el raudal de oro y de plata que envió América a nuestros puertos hizo innecesario el trabajo, con perjuicio notable de la industria y de la agricultura; que creció entre nosotros el amor a las aventuras y a buscar fortuna sin más medios que la osadía. Pero creo firmemente que si nuestros reyes, empeñados, por desgracia nuestra, en las guerras de Flandes y en contrariar la dominación francesa en Italia, hubieran conocido la importancia del Nuevo

Continente; y si se hubieran aplicado principios económicos más acertados a la administración de aquellos países; y si la elección de los funcionarios públicos enviados a regirlos y administrarlos hubiese sido más severa y acertada; y si se hubiera, en fin, dado mejor empleo a los inmensos caudales que de allí venían, acaso aún se llamaran españolas aquellas extensas regiones y fuera hoy mi adorada Patria la primera nación del mundo.

El combate de Lepanto, si no es asunto de tanta magnitud como el que acabo de mencionar, fue suceso de tal importancia para la Cristiandad y para Europa, y tuvieron en él tan señalada participación las fuerzas navales españolas, que su recuerdo, su descripción y el examen de sus consecuencias son empleo digno del ingenio descriptivo, del estudio observador y del vuelo de una elegante pluma. En Lepanto se hundió para siempre el formidable poder otomano, azote de la Cristiandad y de la civilización, propagador de la esclavitud y del despotismo y último representante de las irrupciones de los bárbaros, que tantas veces trastornaron el mediodía y el occidente de Europa. En Lepanto las naves españolas figuraron en primer término; un excelso príncipe español mandó en jefe la Escuadra católica; allí se distinguió, como siempre, acrecentando su gloria, el famoso don Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz; y allí, en una de las galeras vencedoras, de las que más levantaron el nombre español, perdió la mano izquierda un oscuro soldado de ninguna importancia; pero este oscuro soldado de ninguna importancia era Miguel de Cervantes, a quien el Cielo conservó la mano derecha para que, manejando con ella, en vez de la espada la pluma, eternizara la lengua española, escribiendo un libro gigante, que es nuestra primera gloria literaria, y que vivirá cuanto viva el mundo.

Pero ¿cómo los trabajos de la Real Academia de la Historia no habían de ser de tanta utilidad para la ciencia, de tanto alcance para la instrucción pública, de tanto lustre para la nación, y no había de merecer el mayor aprecio de otras sabias Corporaciones extranjeras, si han cooperado siempre a ello los más claros y estudiosos varones, y los primeros sabios de nuestro país, que han dejado al público, al archivo de esta Corporación y a la memoria de sus discípulos e imitadores luminosos rastros de su saber y de sus fructíferas tareas?

Prolijo sería hacer un catálogo de hombres eminentes que han pertenecido a esta Real Academia desde su fundación. Pero me es imposible no hacer mención en este día solemne de esclarecidos académicos cuya reciente pérdida lamentamos, y que han dejado, al bajar al descanso del sepulcro, un nombre eterno coronado con la gratitud que siempre tributan las naciones a los que han contribuido eficazmente a su ilustración.

¿Quién no pronuncia con profundo respeto el esclarecido nombre de don Martín Fernández Navarrete, que trabajó por espacio de sesenta años en averiguar, referir e ilustrar las hazañas de nuestros célebres marinos desde los más remotos tiempos? ¿Quién olvidará al modesto don Diego Clemencín, cuyos trabajos históricos son de los que más lustre han dado a esta Academia? ¿Quién no admira la alta capacidad del noble conde de Toreno, que en una obra monumental ha eternizado el período más glorioso de nuestra historia? ¿Quién, en fin, no elogia al egregio duque de Frías, que tan profundos conocimientos poseía en historia patria, que tan importantes servicios hizo, militares y diplomáticos, y a quien los inspirados acentos de su lira, siempre grandes, siempre

aristocrática, siempre española, aseguran un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad?

No porque recuerde sólo estos personajes se crea que desestimo y dejen en olvido otros no menos célebres de beneméritos académicos, cuyos nombres y cuyos trabajos merecen eterna gloria y gratitud imperecedera. Pero siéndome imposible recordarlos a todos en este discurso, aunque a todos admire y aprecie, la amistad con que me honraron y favorecieron estos de que he hecho mención, las lecciones sabias que me dieron en su trato familiar, íntimo y frecuente; el haber corrido con ellos casi las mismas vicisitudes en estos azarosos tiempos y el estar aún calientes sus cenizas, me han arrancado esta demostración sentida de una verdadera amistad. Sean, pues, mis palabras como las flores que se esparcen sobre las tumbas que encierran restos queridos y venerados.

Si tan altas, tan importantes, tan fructíferas han sido siempre las tareas de la Real Academia de la Historia; si tan sabios y esclarecidos varones se han honrado llamándose sus individuos, ¿cuál será mi confusión y mi gratitud al verme, tan sin merecerlo, llamado a formar parte de esta sabia Corporación? ¡Ojalá me hubiese dotado el Cielo con la más alta inteligencia, y concedido una vida más sosegada y menos angustiosa, para haber podido dedicarme con más aprovechamiento a los elevados estudios de la ciencia de la Historia, por la que siempre he tenido particular predilección! Tal vez me sería ahora posible traer el tributo de mis vigiliass y desvelos a este ilustre Cuerpo. Mas ya que no me sea concedido tanto, le ruego humildemente que se digne recibir, benévolo, el pobre homenaje de mi profundo reconocimiento.

FIN

DISCURSO

Leído en la junta pública que celebró la Real Sociedad Patriótica de Córdoba el día 30 de mayo de 1819

Señores:

Si la ocupación más digna del hombre es la de procurar el bien de sus semejantes, promoviendo la pública felicidad; y si la virtud más ilustre del corazón humano es la caridad, cuyo influjo benigno y consolador enjuga las lágrimas de la infelicidad desvalida, ¡cuánto debe, amigos y compañeros, engreírnos y entusiasrnos el noble objeto que nos reúne en este lugar, en corporación numerosa y respetable, y protegida por las paternales miras de un Gobierno ilustrado! Promover el bien público de la provincia de Córdoba es nuestro encargo; encargo grande y sublime, pero que no debe arredrar a los que lo hemos tomado voluntariamente, sin más estímulo que el amor a la patria y a los hombres; y encargo que, si no podemos llenar del todo, por la misma magnitud de él, no debemos abandonar jamás, oponiendo incesantemente el celo al egoísmo, la constancia al desaliento, la ilustración al error, y alzando la voz majestuosamente para publicar la

verdad sobre los tumultuosos gritos de la ignorancia y de la superstición. Sí, amigos y conciudadanos; de este modo llegaremos, al fin, a conseguir el alto objeto a que dedicamos nuestras tareas, pues, felizmente, vivimos en el siglo en que la filantropía y la ilustración derraman su refulgente brillo por toda la Europa, en la nación a cuya cabeza vemos a Fernando el Deseado, y en la provincia que se mira sabiamente regida por magistrados celosos y justos, que sólo anhelan la pública prosperidad.

A la compasión, a aquel dulce y tierno afecto propio de las almas dotadas de sensibilidad y de virtud, debió su primer origen esta utilísima Corporación, antes que las sabias disposiciones del Gobierno determinasen su establecimiento, prefijándole Constituciones convenientes y dispensándole generoso patrocinio. La dulce compasión que experimentaron en sus corazones algunos varones virtuosos al ver que la indignidad, con su mano de hierro, oprimía a varios inocentes párvulos de ambos sexos que mendigaban por calles y plazas su subsistencia, les inspiró la hermosa idea de reunirse para remediar aquel daño, y formaron la Sociedad Patriótica de Córdoba, que en seguida fundó este colegio que tenemos a nuestro cuidado y llamó la atención del monarca sobre los males que abrumaban a esta provincia, la más feraz de sus vastos dominios. ¡Ah!... ¿Quién puede recordar tan tierno y virtuoso origen sin lágrimas de gratitud?... ¿Quién podrá contemplar el desprendimiento y caridad de aquellos primeros fundadores sin llenar el pecho del dulce respeto que inspiran la virtud y la generosidad? Sus nombres, sus gratos nombres, pasarán de generación en generación, no grabados en láminas de bronce, ni esculpidos en mármoles soberbios, que el tiempo hunde, que no resisten al cetro destructor de los siglos, y que en oprobio de la especie humana no han servido, generalmente, hasta ahora, más que para eternizar tiranías y latrocinios, sino en los corazones buenos y sensibles, mientras haya hombres que amen a su patria y a sus semejantes. Y los que tenemos la dicha de haberlos sucedido, perteneciendo a esta ilustre Corporación, que tan heroicamente fundaron, ¿deberemos descuidar sus santas intenciones; deberemos abandonar la empresa que se propusieron? No, amigos y compatriotas; trabajemos asiduamente por completarlas; luchemos con todo esfuerzo hasta conseguirla.

La educación pública fue su primer cuidado (y quiero llamar particularmente vuestra atención sobre este punto). No estuvo a su alcance el generalizarla, pero la promovieron en cuanto permitían sus conocimientos y sus facultades, y nosotros, siguiendo el rumbo que tan sabiamente emprendieron, debemos consagrar nuestros desvelos a extenderla por la provincia, cuyo bien anhelamos, persuadiéndonos a que ha de ser la base fundamental de nuestras tareas.

«Sin educación pública no hay patria», dice el filósofo de Ginebra, y éste es un axioma político que no necesita demostración. Ella forma, suaviza y modera las costumbres, y sin costumbres no hay prosperidad. Hace a los hombres amantes del trabajo y de la industria, y sin trabajo y sin industria no hay riquezas ni población. Las primeras ideas que se inspiran en la juventud son las que rigen sus acciones toda la vida, y de ellas dependen sus inclinaciones, buenas o malas; el respeto a la religión de sus padres, la obediencia a las leyes de su país y el amor a su patria, que es el perenne manantial de heroísmo, de gloria y de virtudes; manantial que sólo puede abrir la educación pública. Ella sola formó los trescientos jóvenes espartanos que, capitaneados por Leónidas, corrieron con frente

serena al desfiladero de las Termópilas a contener el torrente impetuoso del formidable ejército de Jerjes. Ella elevó la filosofía y las artes en la gloriosa Atenas al alto grado de perfección a que no llegaron jamás. Ella salvó a Roma de la venganza de los sabinos, de las asechanzas de los etruscos, del furor del orgulloso Breno, de la emulación y colosal poder de la opulenta y belicosa Cartago, y extendió las fascas consulares y las glorias del Capitolio por todo el orbe entonces descubierto. Sí; sólo a la educación pública debieron aquellas famosas naciones su gloria, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupción, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican la misma ilustrada Grecia, la misma triunfadora Italia: una, gimiendo bajo el poderoso y horrible yugo de los bárbaros musulmanes, y otra, hollada y destrozada ferozmente por las innumerables huestes de los godos rudos y belicosos. Pero ¿a qué busco en tan remotos siglos las pruebas de mi aserción, si en nuestros días y a nuestros propios ojos las encontramos? A la educación pública debe Holanda el haberse afianzado entre sus pantanos y marismas una fuente de riquezas inagotable: la Moscovia; haber salido de las tinieblas en que yacía para deslumbrar al orbe con su esplendor e imponerle con su poder. Y la feliz Inglaterra, el llenar los mares de sus escuadras, las naciones todas de su industria y el orbe entero de sus gloriosas empresas; al mismo tiempo que, ¡oh dolor!, el descuido, el abandono total de la pública educación nos presenta, por otro lado, convertidos en campos baldíos los más preciosos vergeles, en áridos desiertos las campiñas más risueñas, en yermas soledades las ciudades más populosas, en mendicidad la riqueza, en peligrosos escollos los puertos más seguros, y por todas partes lagunas insalubres, campos abandonados, bosques inútiles, telares deshechos, bajeles desmantelados, y vicios, y corrupción, y miseria, y ociosidad... Mas ¿adónde llevo mi discurso, tan olvidado de que hablo a las personas más ilustradas del territorio cordobés, que conocen mejor que yo el soberano influjo de la educación? Sí, amigos y compañeros; bien alcanza vuestra penetración que, sin ella, son casi insuperables los obstáculos que se oponen a la prosperidad de la nación entera en general, y en particular de la provincia cuyo adelanto es nuestro único anhelo. De esta provincia en que la agricultura debe ostentar todas sus encantadoras riquezas, y que lloramos en el último abandono, pues ciertamente no son hoy, por fatalidad nuestra, las encantadas márgenes del Betis lo que ya fueron en tiempo de los árabes, por no remontar nuestra imaginación a más remota antigüedad. El espíritu de rutina, y la repugnancia general a toda útil innovación, hijas legítimas de la ignorancia y de la pereza, no son los menores enemigos que se oponen directamente a los adelantos de la cultura de este territorio, y son los únicos que está a nuestro alcance el combatir de frente. Procuremos vencerlos, pues, y destruirlos de raíz, ya que, por desgracia, no nos es dado deshacer otros tal vez mayores.

De los progresos de la agricultura nace inmediatamente, como observa el ilustrado Smith y corrobora la experiencia, el aumento considerable de la población, sin la que no hay ni puede haber prosperidad. Los muchos brazos hacen rico y floreciente cualquier país, pues con ellos se aumentan sin fatiga las operaciones rurales y se disminuye su costo, progresa la industria, cobrando vida las fábricas, y por doquiera el tráfico y la aplicación, y la laboriosidad, derraman a manos llenas tesoros inagotables. Pero para sacar del aumento de habitantes tan ventajosos resultados es indispensable que la pública educación les inspire amor al trabajo, pues, de lo contrario, crece sólo el número de consumidores y

tienen que apelar a la emigración para buscar en otros países el sustento. Y aunque en el día es, ciertamente, cortísima la población de esta provincia, no lo es tanto que no haya muchos brazos ociosos, que es el mayor mal que puede sobrevenir a un país, y que nace del abandono público y del descuido de la primera enseñanza.

Los varios artefactos indispensables a la necesidad y a la comodidad de la vida humana deben ocupar los brazos sobrantes de las labores campestres, proporcionándoles honrada subsistencia; y estos artefactos han sido en otro tiempo el esplendor de esta ciudad. Hace dos siglos que mantenía Córdoba 1.774 telares de todo género de tejidos de sedas, lanas y linos... ¿Qué se han hecho, pues?... ¿Dónde están en el día?... ¿Qué fatal conjuro los ha arrebatado de este recinto, los ha confundido en la honda sima de la inexistencia?... ¡Cuántos habitantes se emplearían con fruto del país y de la nación entera en sus tareas! ¡Cuánta salida proporcionaría a los cosecheros de las primeras materias! ¡Qué campo tan dilatado a la especulación de los hábiles traficantes! ¡Cuánta comodidad y arreglo a los naturales, que no tendrían que sacrificar inmensas sumas a la avaricia extranjera para obtener las telas precisas para su decencia, para su comodidad y para su lujo! No se verían entonces, como ahora, las plazas y calles llenas de niños, que con mengua de las costumbres, con peligro de la religión santa que profesamos y con escándalo de cuantos aman a su patria, mendigan el sustento, acostumbrándose a la holgazanería, al abandono, al latrocinio y a los vicios todos. No se verían las calles y plazas llenas de jóvenes inertes y corrompidos que, embozados en sus capas, ofrecen el símbolo más perfecto de la más perjudicial y corrompida ociosidad. No se verían, vuelvo a decir, calles y plazas inundadas de ancianos desvalidos y miserables que, porque no les conceden ya sus años y achaques las fuerzas indispensables para empuñar el azadón o manejar el fusil, atormentan con sus lamentos los pechos compasivos y espantan a todos con su importunidad. Pero ¿qué han de hacer si nacen en el abandono, y ni ven ejemplos, ni se les inspiran ideas: crecen en la miseria, y ni se les proporciona entretenimiento, ni se les ofrecen utilidades, y envejecen en la corrupción y no hallan más recursos que los que arrancan sus clamores?... ¡Oh época desdichada! ¡Oh suelo infortunado, que abriga en sí tan inútiles y perjudiciales habitantes! Ilustrados amigos, compatriotas generosos: unamos nuestros esfuerzos para educarlos, para inspirarles ideas convenientes, para proporcionarles talleres, y haremos de ellos vivientes útiles y buenos que sepan hacer la felicidad y grandeza de esta provincia, que puede llegar al más alto grado de esplendor y de riqueza, cuando el amor al trabajo, la aplicación y las buenas costumbres se empeñen de consuno en su favor. ¡Qué campo tan espacioso ofrecen a nuestros planes este cielo benigno, la buena índole de estos naturales, la feracidad de estas campiñas, las delicias de estas sierras y este caudaloso río, este río que debe ser el tesoro, el raudal de riquezas incalculables del privilegiado país por donde dilata su curso majestuoso y apacible! Ya, afortunadamente, ha llamado la atención de nuestro celoso Gobierno, que promueve con todo ahínco las importantes operaciones por medio de las que se ha de sacar todo el fruto que encierra su risueña corriente. Ayudemos nosotros a la sabia Compañía que las ejecuta con ardor; allanemos los estorbos que la ignorancia le ha opuesto ya en este distrito, y hagamos nuestras las comunes ventajas que va a derramar pródigamente el dulce y fecundo Guadalquivir. Corran sus aguas por los llanos inmensos que señorea, fertilizando con su riego vivificador los terrenos. Aumente el arte sus caudales, que la desidia y el abandono disminuyen de día en día; cúbranse sus márgenes de bajales que exporten nuestros granos, nuestros caldos, nuestras producciones de todo género, nuestros

artefactos de platería y de curtidos; cobre vida el comercio, casi, casi moribundo en esta ciudad, y desaparezcan la miseria y la desolación y el monopolio que nos exterminan por momentos, tornando a la hermosa Córdoba, a la opulenta corte del soberbio Almanzor, en una triste y silenciosa aldea, donde sólo se ven vestigios y ruinas que llenan de lágrimas los ojos y de luto el corazón.

¡Oh Córdoba, Córdoba!, amada patria mía; permite a mi labio que lamente tus desgracias presentes, permite a mi pecho que se desahogue en copiosas lágrimas al ver tu actual estado y al recordar tus antiguas glorias, que desaparecieron sin dejar rastro de ellas, como desaparece el relámpago entre las nubes... Mas no, ¡oh ciudad insigne, patria de los Sénecas y de los Gonzalos!; no será eterno tu abatimiento. Tus nobles y generosos hijos, los celosos individuos de tu Sociedad Patriótica lloran conmigo tus desastres y dedican sus tareas y desvelos a tornarte a tu antiguo esplendor y a tu debida grandeza y majestad. Ellos tuvieron aliento para oponerse varonilmente a la depredación y barbarie del tiránico Gobierno francés, que tenía decretado el último golpe a tu expirante agricultura. Ellos, luchando cuerpo a cuerpo con la escasez de recursos de aquella época fatal, alimentaron, animados de la más pura humanidad, a tus infelices habitantes que iban ya a ser víctimas del hambre asoladora bajo aquel sistema invasor y brutal. Ellos protegen y fomentan la educación de las niñas desvalidas de tu recinto, que serían, sin sus desvelos, presa tal vez del desenfreno y de la desmoralización. Ellos han traído a tu territorio máquinas útiles al cultivo de tus campos. Ellos, en fin, penetrados de que sin ilustración no hay ni puede haber prosperidad, han fundado y patrocinan con esmero una Academia general, que sea centro de las luces, y de donde se difundan a derramar su benéfica influencia por tu seno, con gloria y ventaja tuyas y lustre de la nación entera. Pues, ciertamente, en ti, que fuiste emporio de la sabiduría bajo el imperio sarraceno, y en ti, cuna de los mayores ingenios del mundo, deben ser cultivados todos los racimos del saber humano como en su propio trono. Sí; los miembros de tu Sociedad Patriótica, tus amorosos hijos, tus celosos gobernantes se sacrificarán gustosos por tu bien, y no contentos con los pasos hasta ahora dados por engrandecerte, redoblarán sus esfuerzos, y promoviendo tu educación pública, fomentando tu agricultura, resucitando tu industria, animando tu comercio, cooperando a facilitar tu navegación interior y protegiendo las ciencias y las artes, brotarán de nuevo en tu seno las virtudes, las riquezas y la felicidad.

¡Oh individuos de esta respetable Corporación! ¡Oh ilustres y generosos conciudadanos! No os asombre lo colosal de mis ofertas ni os aterre tampoco el lastimoso cuadro de infortunios que os ha presentado mi discurso, pues aunque son hartos ciertos por desgracia, no son enteramente irremediables. Mucho pueden alcanzar nuestros esfuerzos, y si no nos concede el Destino ver en nuestros días el feliz resultado que anhelamos, preparemos, a lo menos, el camino por donde lo consigan los que nos sucedan en tan digno empeño, y siempre la gloria será nuestra. Los grandes males públicos no se remedian instantáneamente. Es necesario el tiempo, es indispensable la constancia. Luchemos con las dificultades, despreciemos el frío ceño del egoísmo, los sarcasmos de la ignorancia, las maquinaciones de la maldad, las asechanzas de la superstición y sigamos majestuosamente nuestra marcha hacia el bien, como el sol, venciendo las negras nubes y las espesas nieblas camina, sin que nada le interrumpa, por la vasta inmensidad de los cielos derramando torrentes de luz y vivificando cuanto existe en la Naturaleza. Nuestro celo podrá excogitar recursos, nuestro ejemplo animar a los que por falta de

temple de alma no se deciden a lo bueno, aunque lo conozcan; nuestros clamores, para despertar la generosidad de los poderosos propietarios y capitalistas a que abran sus inútiles tesoros para dar cima a nuestros proyectos de utilidad pública, y nuestras súplicas y nuestras reverentes reflexiones romperán las trabas que la entorpezcan. Sí; no serán infructuosos nuestros afanes; conseguiremos nuestro sublime objeto. Ánimo, ilustrados y generosos compatriotas; las luces del siglo que se esparcen por todas partes con radiante esplendor, el celo de nuestros celosos magistrados y la protección de nuestro católico monarca, que honra con decidida protección las Sociedades Patrióticas de España, nos convidan a redoblar nuestros esfuerzos en bien de la deliciosa provincia cordobesa. Ánimo, y no desmayemos jamás.

¿Qué ocupación más grata que la de desvelarse noche y día por la felicidad de nuestra patria y de nuestros semejantes? ¿Y quién puede llenarla más santamente, más a cubierto de los tiros de la envidia, que nosotros, que en esta ocupación nos constituimos sin más interés personal, sin más esperanza de premio que la satisfacción que resulta a los pechos sensibles y virtuosos de haber hecho algo en favor de la menesterosa Humanidad?... Éste es el único galardón que apetecemos, galardón el más rico y esplendente. Las riquezas, los honores y aun la fama misma suelen repartirlos injustamente el capricho, la parcialidad y la ignorancia a los seres más inútiles y tal vez más perjudiciales de la Tierra; pero la interior complacencia de haber obrado el bien es siempre la corona de la virtud, corona más apreciable, más esplendente, más encantadora que la que ciñe las sienas de los soberanos y que las murales y triunfadoras que dieron a sus héroes las antiguas naciones.

FIN